

# Los apuntes de Malte (1)

L. SILLENS

“El deseo de tener una muerte propia es cada vez más raro”, dice el narrador de *Los apuntes de Malte Laurids Brigge*, de Rainer Maria Rilke. Y enseguida conocemos a alguien que tuvo una muerte propia, el chambelán Brigge. Este hombre, instalado en su propia muerte, no vive ya sino para morir, y no se conforma con eso, sino que también impone su muerte a los demás, a los habitantes de su casa y a los habitantes del lugar, llamado Ulsgaard, del que él es señor. Por las noches grita de dolor y la muerte se extiende por el pueblo. En realidad no es él el que grita, no es el grito de una persona lo que se oye, sino la propia muerte que se hace presente. Las mujeres embarazadas se esconden, los perros tienen miedo, una vaca pare un ternero muerto, “el fruto muerto al no querer venir”. Es como si los alaridos de Brigge advirtieran a los que van a venir de lo que les espera, y ellos se negaran en redondo. Las mujeres embarazadas se esconden, para que el fruto de su vientre no se inquiete, pero las vacas no pueden esconderse. No se sabe qué pasaría si las emba-

razadas tampoco pudieran esconderse.

“Durante algún tiempo todavía voy a poder escribir todo esto y testimoniarlo”, dice el narrador, permitiendo así que la palabra testimonio quede unida a su obra. Hay que suponer que el suyo no va a ser un testimonio claro e inequívoco, sino un testimonio oscuro, o más bien un testimonio de lo oscuro. Lo claro y lo transparente no pueden desligarse de lo oscuro, sólo en algunos sueños ampliamente compartidos, en algunos locales selectos y por supuesto en todos los programas políticos la entrada de lo oscuro está prohibida, pero las obras literarias no pueden desprenderse de la oscuridad, no pueden hacerlo porque da la casualidad de que lo oscuro existe, forma parte de la vida y las obras literarias resultan ser uno de sus lugares preferidos. Los múltiples elementos y toda la asombrosa y lamentable variedad de modalidades de la parte oscura de la vida tienen la costumbre de darse cita en ellas.

Cuando un lector lee una obra literaria, lo que lee no es sólo literatura, es también vida. Lo que tiene ante sí es un trozo de humanidad en el



Frank Auerbach: *Cabeza de E.O.W.*

que la vida y la literatura están confundidas. Y esto que tiene ante sí no es un brazo dispuesto a guiarlo como a un ciego. No se propone prestarle ayuda, ni proporcionarle certidumbre, optimismo y claridad. Lo que contiene suele corresponder a algo de lo que esas respetables y deseables cualidades están ausentes, o bien, si están presentes, lo están de un modo más bien paradójico e irónico, a veces incluso francamente monstruoso, aunque, en los mejores casos, expresado de una forma maravillosamente transparente. Incertidumbre, angustia, oscuridad. La iluminación viene envuelta en espesas sombras, el testimonio huye de lo testimonial.

En la obra literaria hay, inevitablemente, un aspecto testimonial, pero su escritura no obedece a un fin claramente asociado a ese aspecto, al contrario, lo más probable es que la viabilidad de la obra dependa de la medida en que a su autor le ha sido posible apartarse de la tentación de lo testimonial. El testimonio, sin embargo, está ahí, en su forma decisiva e inevitable, como algo que habla, que está en alguna parte y que se manifiesta, aunque lo que dice no quiere ser demostración de nada, ni aspira a ser compartido por los miembros de la comunidad, ni tiene una ansiosa necesidad de ser escuchado; se oculta tanto como se muestra, lucha contra invisibles enemigos, se sobrepone a la pusilanimidad; su posibilidad de convertirse en verdadera escritura no depende de su apego a lo testimonial, sino,

al contrario, del esfuerzo, a veces sobrehumano, que le es necesario para despegarse de esa débil y lastimosa propensión.

Tal como luego es encontrada por el lector, esa escritura se distingue por la sencillez con que la huella de ese esfuerzo ha quedado borrada. Ya no es más que un signo que no se ve, una huella dejada por algo que no deja huella. Y en esa huella también está lo testimonial, hombre, claro que sí. De forma irreconocible, o no fácilmente reconocible, pero está. Como prueba de una experiencia sin la que la escritura no habría podido producirse, como el impulso que proporciona la energía que la escritura necesita, como lo silencioso, lo insospechado y también, ya lo hemos dicho, lo invisible y lo inevitable.

La escritura de esta obra de Rilke parece venir dada por esta idea: “existen ciertas diferencias que me separan de los hombres”. Estas diferencias son la causa de que Malte esté escribiendo en vez de estar haciendo cualquier otra cosa. El mundo que percibe a su alrededor, o, mejor dicho, su forma de percibir el mundo, o, mejor aún, aquello que le hace percibir el mundo de la manera en que lo percibe, es lo que está directamente relacionado con esas diferencias. Lo que percibe Malte es la separación, la diferencia entre la normalidad y la anormalidad, o bien, en su lenguaje: lo terrible. En efecto, es capaz de distinguir la “existencia de lo terrible en cada partícula

de aire”, y en cierto momento escribe: “Me asombro a veces de la facilidad con que abandono todo lo esperado a cambio de lo real, incluso cuando es malo”. Para él lo real no puede ser otra cosa que lo terrible, o, si se prefiere, lo terrible no puede ser otra cosa que lo real. Su realidad es la realidad de las diferencias que lo separan de los seres humanos, la realidad, no ya de la anormalidad, sino de la normalidad que no puede eludir la anormalidad. Una perspectiva que abarca ambos campos, una experiencia que oscila entre ambas laderas.

“Ni elección ni repulsa están permitidas”. Así es. Se trata de algo que no se puede elegir y en este caso tampoco rechazar, puesto que si se rechaza el rechazo se produce sólo de manera ilusoria, igual que se produce todo aquello por medio de lo cual uno se engaña a sí mismo. Las formas habituales del rechazo, la ingenua escapada o el provisional olvido, resultan en el terreno en que nos estamos moviendo peligrosas, además de contraproducentes. Pues ya sabemos que al final al único lugar al que conducen es al mismo punto de partida, en el que una y otra vez se repite el mismo movimiento sin posibilidad de elección que provoca la necesidad del rechazo.

Lo que palpita en este libro es el miedo. El que escribe parece no rechazarlo, ya que al menos no le da miedo escribir la palabra miedo. “Tengo miedo”, dice. “Hay que hacer algo contra el miedo cuando se apodera de nosotros”, y al decir esto ya está haciendo algo contra el miedo: está escribiendo. Un poco más adelante lo dirá claramente: “He hecho algo contra el miedo. He permanecido sentado durante toda la noche, y he escrito”. El narrador le concede un gran valor a la escritura. En primer lugar, parece proponerse una difícil misión, algo así como revelar el misterio o el verdadero valor de la existencia, algo que nadie ha hecho antes que él y que constituye el motivo de la tarea que está llevando a cabo. En segundo lugar, parece tener la sensación, o el presentimiento, de que la escritura lo va a conducir a un punto decisivo de su propia existencia.

VINOS Y VINAGRES

**EMPE**

VINAGRES DE VINO, DE ALCOHOL, DE SIDRA, DE JEREZ  
ESPECIALIDADES ADEREZANTES

C/ Cervera, 16 - 13700 TOMELLOSO  
Tel.: 926 51 13 89 - Tel./Fax: 926 51 05 23  
email: empe@manchanet.es